

Filiaciones literarias

Dominique Viart

Sin duda, es difícil dirigir una mirada crítica a la literatura contemporánea sin tener en cuenta los debates de la escena cultural. Las obras no han sufrido todavía la decantación del tiempo y los compartimientos estancos de la crítica y la creación falsean un tanto las perspectivas, a menos que establezcan intercambios mutuos. No obstante, es posible constatar –en el conjunto de la producción literaria de un período dado– algunos fenómenos notables. Es así, por ejemplo, que más de un lector habrá advertido el favor particular del que gozan desde hace cierto tiempo las cuestiones de filiación en la ficción narrativa. Pareciendo romper con el descrédito en que las sumió el estructuralismo, las temáticas del sujeto retornan en la actualidad. El giro experimentado en los años ochenta por las obras de los autores antes clasificados como «nuevos novelistas» ya marcaba un renovado interés por la autobiografía y un distanciamiento no menos cierto respecto a los formalismos de la escritura.

Pero también es verdad que la representación o expresión del sujeto no importan demasiado en el momento de poner en cuestión la escritura narrativa en el período «neonovelesco». La escritura autobiográfica es más autoficcional que mimética respecto a una realidad comprobada, y el sujeto, a menudo, resulta del decurso de una narración por reconstruir, sea que se trate de ponerse en escena a sí mismo o, como en el caso, muy frecuente, de evocar la vida o las figuras de los antepasados. La necesidad de escribir se liga con la pregunta por el origen y el destino de la *filiación*. Ausencia sin recurso o presencia excesiva, las figuras paternas y maternas escapan del relato e imprimen a la lengua misma tal desfiguración que la escritura resulta perturbada y perturbante.

Sabiéndose forzosamente deformante e incierta, la escritura de estos relatos fija en el mismo cuerpo del texto que constituye, las vacilaciones de forma y contenido que la invaden. En consecuencia, lejos de ser la ocasión de una narración plena y entera, segura de sí misma y de sus propósitos, estas «tentativas de restitución» –por citar el subtítulo de un libro de Claude Simon– interrogan a la escritura a la vez que la sostienen. A veces, tales interrogaciones adoptan el carácter de una mirada retrospectiva hacia los

grandes modelos literarios del pasado. Lejos de poner la ruptura como fundamento de su estética, una gran parte de la literatura contemporánea –sin limitarse a la ficción narrativa– se plantea, con cierta agudeza, la cuestión de la herencia. Vuelto hacia las figuras literarias que integran su búsqueda (Rimbaud, Flaubert), el escritor de hoy dialoga con esta herencia. Estas relaciones tan esenciales como ambiguas, entre escritura e identidad, conducen así a la crítica a interrogar con luz propia al presente de nuestra literatura narrativa y las relaciones que mantiene con el pasado.

Relatos de filiación

Ciertamente, el relato de filiación no cubre todo el campo literario de las últimas dos décadas pero, sin intentar un inventario exhaustivo –lo que excedería los límites de este artículo– forzoso es reconocer el éxito de un tema literario específico que la literatura inmediatamente anterior no había favorecido. En torno a dicho tema se ha desarrollado esa forma genérica que se sitúa a medio camino entre la ficción y la autobiografía y que goza de cierta complacencia crítica bajo el nombre de «autoficción». *Hijo*, el libro de Serge Doubrovsky que propuso el término, se publicó en Galilée en 1977¹. Del mismo modo, las obras de Annie Ernaux que le valieron una gran acogida por parte del público, son también textos de filiación: *La plaza* (1983) evoca al padre de la narradora, y *Una mujer*, publicado en 1988, está dedicado a su madre. Tras *El amante* de Marguerite Duras (1984), cuyo trasfondo es el retrato de la madre del personaje central, aparece otra novela familiar, *Los campos del honor* de Jean Rouaud, premio Goncourt de 1990. Su segunda novela, *Los hombres ilustres* (1993) explota la misma veta, centrándose en la figura paterna.

Nathalie Sarraute publica *Infancia* (1983), Alain Robbe-Grillet abre en 1985 la serie de sus *Novelescas* con un volumen donde domina la presencia paterna, y Claude Simon aborda en *La acacia* (1989) la dolorosa ausencia de su padre. A la vez, otra generación de autores se empeña en los mismos temas: en un género y con un estilo diferentes, aparecen a partir de

¹ «Al despertar, la memoria del narrador, que enseguida toma el nombre del autor, teje una trama donde aparecen y se mezclan recuerdos recientes (nostalgias de un loco amor), lejanos (infancia de preguerra y de guerra), preocupaciones cotidianas, angustias de la profesión(...) ¿Autobiografía? No, es un privilegio reservado a los importantes de este mundo, al final de sus vidas, y con un bello estilo. Ficción de hechos y eventos estrictamente reales, autoficción, si se quiere, haber confiado el lenguaje de una aventura a la aventura del lenguaje, fuera de la prudencia y de la sintaxis de la novela, tradicional o nueva.» (Serge Doubrovsky: *Fils*, París, Galilée, 1977, cuarta de portada.)

1985 las ficciones dinásticas de Sylvie Germain: *El libro de las noches*, *Noche de ámbar* (1987) y *Días de cólera* (1989). Lejos de ese barroco tumulto la escritura más austera de Pierre Bergounioux vuelve continuamente sobre los asuntos de familia: *La casa rosa* (1987), *El huérfano* (1992), *El día de todos los santos* (1994), entre otros textos, evocan la doble línea, paterna y materna, del narrador, en tanto *Miga* (1995) muestra cómo la sucesión de las generaciones es a veces también la ocasión de un balanceo cultural. La lista de textos preocupados por la filiación es inacabable: Pierre Pachet (*Autobiografía de mi padre*), Richard Millet (*La gloria de los Pythre*), Charles Juliet (*Harapos*), Pierre Michon (*Rimbaud hijo*), etc. Alain Veinstein y François Bott han aportado recientemente su piedra para el edificio, ya bien provisto por cierto. La extensión del fenómeno es tal que inunda otros géneros literarios: *Las madres* de Jacques Dupin es un ejemplo en el campo de la poesía, donde pueden citarse también *Prosa del hijo* de Yves Charnet y *El ojo que se escruta* de Charles Juliet.

Ciertamente, el tema no es nuevo en la literatura. Desde Rabelais que, ya en los orígenes de la novela, juega a dar un padre a Pantagruel escribiendo *Gargantúa*, hasta Zola que ve en la novela familiar la ocasión de elaborar la temática de la herencia. A comienzos de siglo, el fresco novelesco de *Los Thibault* de Roger Martin du Gard, *La crónica de los Pasquier* de Georges Duhamel, luego *El nudo de víboras* de François Mauriac y *El hijo de Jerphanion* de Jules Romains, perpetúan la fascinación de la novela por las genealogías. Pero el tratamiento del asunto es hoy radicalmente nuevo y el retorno masivo, tanto cuantitativo como cualitativo, de esta temática, no es indiferente.

La historia de la novela nos ha enfrentado ya con sustanciales predomios temáticos. Georg Lukács y, más tarde, Lucien Goldmann, pusieron asimismo en evidencia el gusto muy arraigado en los siglos XVI y XVII por las ficciones picarescas, luego el éxito no menos notable de la temática del *venido a más* y del ascenso social durante los siglos XVIII y XIX². Ahora bien, ¿qué nos enseñan tales estudios? Muestran una fuerte homología entre, por una parte, la temática privilegiada y, más generalmente, la concepción novelesca que surge de ella, y por otra parte, la situación del género en el campo ideológico y estético. Así es como la novela es picaresca cuando la forma novelesca se busca todavía y se elabora en un campo cultural dominado por otras formas más nobles, como la tragedia y la epopeya legitimadas por una poética y una tradición que la novela aún no

² Georg Lukács: *Théorie du roman*, París, Gonthier, 1963, y Lucien Goldmann: *Sociologie du roman*, París, Gallimard, 1964.